

Mundo de Sueños

Si pudiéramos, a semejanza de aquel pícaro diablo Cojuelo, no levantar los techos de las casas, más si penetrar en la mente y el corazón de cada persona, descubriríamos un maravilloso mundo interior —mundo de sueños— que alimentado por indecibles deseos y esperanzas, nace, crece y vive latente en lo más hondo del pensamiento, esquivando miradas curiosas e importunas, siendo una especie de solitario monasterio, donde nos retiramos o, mas bien, nos recogemos, para olvidar las crudas realidades de la vida.

La fatiga de un diario y monótono trabajo, que no logra cambiar una difícil y pobre posición; el amor no conseguido y a veces ni siquiera confesado, por lo alto del ser apetecido o por cobardía o timidez del que lo siente: la decepción de lo que se consiguió y que no era tal como se imaginaba; en fin toda esa invisible maraña de cosas y hechos intrascendentes para la generalidad, pero dolorosos, angustiosos y hasta trágicos para el que los vive, hacen que, como una reacción, como una protesta mansa, impotente contra lo irremediable, nazca ese otro mundo ficticio, irreal, donde vivimos lo que quisiéramos ser, sin recordar, por unos instantes, lo que somos.

¡Y cuán vario es este mundo de sueños, que son deseos, ilusiones, esperanzas de toda vida humana, por una felicidad casi imposible; por una felicidad inasible y escurridiza, siempre lejana y borrosa! Sueños de juventud con

amoríos y diversiones: sueños de hombre por la tranquilidad y sosiego de un hogar; sueños de padre que en el hijo se ve a sí mismo, como en una milagrosa encarnación; sueños de artista con triunfos, honores y gloria; sueños de sabio con sus investigaciones y descubrimientos inauditos; sueños todos que a todos une en una común aspiración de felicidad, de mejoría... y de dulce tristeza, porque lo que se piensa, no por ello menos verdadero, es una amable irrealidad

La angustia de sentirnos dentro de una vida ni tan bella ni tan risueña como la que soñamos, nos hace ser, en lo más íntimo, un poco Quijote; quisiéramos, como el noble manchego, reformar el mundo para que existiese la paz, la justicia; cambiar en unos momentos, como por arte de magia, cuánto hace que lo imaginado sea tan solo una sombra impalpable y vana. Pero lo que en él fué locura sublime, en nosotros no pasa de inconfesable tentación, que es necesario callar y ocultar por pudor, por una inexplicable vergüenza, por miedo al ridículo, a esa sonrisa, entre despectiva y burlona, que suele aparecer en labios de los demás, al saber las recónditas ingenuidades de otros.

Y con todo este bagaje de ilusiones, temores, anhelos, marchamos incansables, dando traspies por el mundo, cantando, riendo, llorando, tal vez como el poeta, «soñando caminos...», pero caminos nuevos, nunca cruzados.

Miguel Molina
